

días no como **peujar** que aquí se dice, sino **piujar**, significando la participación que el gañán lleva en la cosecha de candeal de la casa en que trabaja, lo que ha de percibir al final de la recolección como complemento de su soldada.

El sentido de pegujar o peculio es el de la corta porción de siembra, de ganado o de caudal que se tiene y por extensión, labrador de poca labor. El pegujal es pues una propiedad, una posesión aunque pequeña. El piujar es una opción, un derecho a participar en la propiedad ajena a la que se coopera, cosa distinta, aunque el piujar sea una pequeña porción, pero no de siembra

sino de cosecha. El sembrar es antes que el cosechar. La siembra efectiva, la cosecha insegura e independiente de la propiedad privada del que percibe el piujar, parte de cuya propiedad privada, la que se refiere a viñas, olivares, ganados o animales de trabajo, es la que se menciona en el estudio de que se segrega esta nota que no faltará ocasión de relacionar con otras.

La Academia de la Lengua no ha entrado en estas disquisiciones pero su eximio secretario perpetuo, don Vicente García de Diego, gustará de conocerlas.



## S U C E D I D O S

### La razón de los "veínteres"

Era el no saber contar más de veinte y la gente se formaba a su modo un sistema vigesimal por lo que era frecuente oír decir la edad por veínteres: Tres veínteres sesenta años, cuatro veínteres ochenta años, tres veínteres y medio setenta años, etc

La tía Benigna, de El Romeral, decía que tenía cuatro veintes y tres. Y cuando se casó tenía un veinte y cuatro y el hombre un veinte y siete

De dinero tenía, ya a lo último, veinte veintes de duros y un veinte de veintes en billetes de veinte, que guardaba entre los zarzos de la gorrinera, metidos en botes, debajo de las tejas.

Y nadie puede decir que haya descubierto un procedimiento más seguro de contabilizarlo y conservarlo, pues el dinero se esfuma sorprendentemente de cualquier lugar donde se le coloque.

---

Antes de traer las aguas había mucho trajín por las mañanas en la calle de la Virgen para portear la de Valcargao y Pindongo. A la tía Cobeta se la daba bien a primera hora el despacho de aguardiente que le suministraba Pretalo Morano, y atraía mucho a la gente. Cuando se pasaba su hora, a media mañana, aflojaban las prisas y la Francisca aprovechaba para hacer el almuerzo.

Llega la Teresa la Perra y dice:

—Francisca, despacha que estoy aquí.

—Ya salgo.

—¡Hermana Francisca! Dice la hija del Quero.

—¿Cuántas estais? Pregunta la Cobeta desde el fuego.

—Pues dos, contestan a coro.

—En cuanto esteis tres salgo.